



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.
Martha Galindo.

Noviembre 19, 2020.

FEMINISMO, FEMINAZIS, FEMINICIDIOS

Sexo y género son dos sustantivos muy relacionados entre sí, pero que no son sinónimos. El sexo depende de la composición cromosómica de una persona, sus genitales, comportamiento hormonal, etc., y salvo rarísimas excepciones se hace evidente desde el nacimiento; mientras que el género, (ligado comúnmente al sexo) incorpora elementos referidos a la educación, ejemplos, costumbres, cultura, etc., que son parte del entorno de las personas e inciden en su conducta.

“URBI ET ORBI” se ha considerado a la mujer como sexo débil y el género femenino ha sido subestimado en casi todas las épocas y culturas. Aunque las bases para esta discriminación son varias, la fuerza física de los varones es una muy relevante. El rol del hombre como protector, productor y proveedor desde tiempos remotos, ha dotado a muchos del “halo” indiscutible e indestructible del machismo, lo que es entendido y vivido por sus protagonistas como un justificante de su superioridad. Y tradicionalmente las mujeres hemos aceptado y hasta avalado este trato inequitativo hacia nuestro género y no pocas veces hemos educado a más generaciones de hijos-varones-machos.

Feminismo es la bandera de hoy, pero no siempre se enarbola adecuadamente. Prepararnos para la vida; sacudirnos (cuando exista) la autodevaluación femenina; ocuparnos en romper los techos de cristal que nos han impuesto en muchos ámbitos los varones y que nos coartan satisfacciones propicias para nuestro crecimiento personal, no significa que queramos convertirnos en hombres. Además de imposible es algo totalmente indeseable. Cada género está dotado para cumplir misiones diferentes, pero debemos gozar de derechos y oportunidades iguales y esa debe ser, desde mi perspectiva, la filosofía que sustente nuestra acción feminista y lo que justifique nuestro empeño. Y eso no equivale a vandalismo, odio, ni lucha sin cuartel. Para mí, comportarnos de esta última manera, más que en feministas nos convierte en radicales o feminazis.

Sea o no tolerada por muchas mujeres esta inequidad entre géneros, cuando los grupos, especialmente las familias se resquebrajan, afloran las facetas humanas más viles. Si además existe pobreza, hacinamiento, confinamiento, ingresos bajos y otras calamidades, las sociedades se vuelven escenarios para que el odio hacia las mujeres se exacerbe y proliferen transgresiones tan crueles y miserables cómo los crímenes por cuestiones de género o feminicidios. Sacrificar, mutilar a un ser humano por el hecho de ser mujer, pese a todas las carencias adversas del entorno, no merece perdón para los perpetradores. Y más vale también que nuestro gobierno abra los ojos ante esta ignominia, actúe rápida y eficazmente dentro de su radio de acción, antes de que este País se convierta en un cementerio femenino o en el caldero para una revuelta agresiva y destructora.